

Durante generaciones, el ciudadano medio español ha asociado el bienestar financiero a la prudencia excesiva. Guardar, no arriesgar, vivir sin deudas. Pero esa figura del *ahorrador clásico*, sin formación financiera y cultivada al calor de una memoria colectiva marcada por crisis, burbujas e incertidumbre económica, comienza a ceder paso, sin estridencias, a una nueva mentalidad más razonable: la del *inversor reflexivo*.

Este cambio no es abrupto ni espectacular, sino lento. Pero continuo e irreversible. Es fundamentalmente una transformación cultural de baja intensidad, pero de amplio alcance. Para entenderla, no basta con observar los flujos hacia fondos de inversión. Hay que mirar cómo se está reconfigurando la relación emocional, social y generacional con el dinero.

Uno de los grandes detonantes ha sido la erosión del valor del dinero inmóvil. Durante años, el ahorro bancario era considerado por la mayoría de los ahorradores sinónimo de seguridad. Pero, tras más de una década de tipos negativos o cercanos a cero y una inflación que supera con creces los retornos del ahorro tradicional, se ha caído la careta de esa falsa seguridad y se ha revelado que es una ilusión muy dañina.

Hoy, quien no invierte pierde, de forma inevitable y segura, poder adquisitivo. Tener ahorros no remunerados ha supuesto perder desde la entrada en el euro el 50% del valor ahorrado durante este periodo (con la peseta, las pérdidas eran muy superiores). Adicionalmente, desde la pandemia, la inflación se ha acelerado significativamente a causa de los déficits públicos de los Gobiernos, erosionando el valor del ahorro un 18% solo desde 2021. Con los datos actuales, probablemente la pérdida de valor de los ahorros que la gente mantenga en cuentas corrientes será del 35% adicional en los próximos 10 años.

La toma de consciencia de esta realidad ha empujado a muchas familias a interesarse por alternativas que protejan el valor de los ahorros a largo plazo: fondos mixtos, de renta variable, carteras globales diversificadas o soluciones con gestión profesional.

España ha sido históricamente un país de propietarios. El ladrillo protegía de la subida de los precios y la vivienda era más que un activo: una garantía de estabilidad, patrimonio y pertenencia. Pero las nuevas generaciones, marcadas por la movilidad laboral, las mayores barreras de acceso al crédito, menor vivienda disponible y las nuevas regulaciones en contra de los propietarios, han empezado a cuestionar esa centralidad.

El mercado inmobiliario sigue siendo relevante, pero ha dejado de ser el principal vehículo aceptable de inversión. Cada vez



Un grupo de visitantes observa un combate de boxeo entre robots, durante una exhibición en la Conferencia Mundial de Inteligencia Artificial (WAIC), en Pekín, en julio. EFE

Del ahorrador al inversor: la mutación silenciosa del español medio

Por Joan Esteve Manasanch. Gestionar el patrimonio ya no implica inmovilizarlo, sino ponerlo en movimiento con criterio

Director de inversiones de Gesinter

más ciudadanos entienden que la diversificación del ladrillo no es un lujo, sino una ventaja necesaria. Se abre la opción a tener exposición internacional, empresas de crecimiento, con demandas estructurales o carteras multiactivo.

La tecnología ha sido otro factor clave. La digitalización ha democratizado el acceso a los productos financieros. Hoy es posible invertir desde una app, monitorizar los mercados desde el móvil y ajustar la cartera en tiempo real. La figura del pequeño inversor ha dejado de ser anecdótica

Pero el cambio no es solo generacional. Son cada vez más los perfiles sénior que

optan por un mayor equilibrio entre riesgo y rentabilidad. Buscan rentabilidad real, no solo nominal. Y valoran la gestión activa y los fondos con sesgo defensivo orientados al medio plazo.

Esta toma de conciencia también ha redefinido el riesgo. Antes, el riesgo se percibía en la inversión. Hoy, la pérdida segura se obtiene de no hacer nada. Ya no se trata de perseguir rentabilidades extraordinarias, sino de proteger el ahorro de la devaluación silenciosa, de no perder.

En este entorno, crece la demanda de soluciones con políticas claras de control de volatilidad, enfoque en sectores estables y gestión orientada a preservar el valor.

Otra novedad relevante ha sido el cambio en el enfoque geográfico. Durante años, la inversión internacional del español medio se limitaba a Estados Unidos o a grandes empresas europeas. Pero cada vez hay más interés por mercados emergentes con peso estructural, entre los que destaca China. El gran laboratorio de innovación global, con liderazgo en inteligencia artificial, robótica, energías renovables, vehículos eléctricos y electrónica. Su papel en sectores de alto valor añadido es innegable.

Todo este cambio cultural es gracias a la educación financiera. Y, a pesar de

que España sigue por debajo de la media europea, más ciudadanos manejan conceptos como rentabilidad real, horizonte de inversión o diversificación global.

Esta alfabetización se refleja en hábitos cotidianos: más consultas a asesores independientes, comprensión de fondos antes considerados complejos, más voluntad de entender cómo funciona el dinero. El miedo ahora no paraliza, el miedo ahora es no saber invertir.

La figura del ahorrador-inversor se está consolidando. No renuncia a la cautela, pero tampoco se resigna a que su dinero pierda valor sin hacer nada. Alguien que no ve la inversión como una apuesta, sino como una forma racional de proteger lo que tiene.

Gestionar el patrimonio ya no implica inmovilizarlo, sino ponerlo en movimiento con criterio. Y eso requiere información y acompañamiento. Pero, sobre todo, requiere aceptar una idea clave: el riesgo no se puede eliminar, sino que se tiene que gestionar.

Ese es, quizá, el mayor cambio de mentalidad que estamos viendo. No es solo una evolución hacia una mayor riqueza, sino una evolución cultural. Y, aunque todavía queda camino, ya se ha empezado a andar.



El cambio no es solo generacional: cada vez más perfiles sénior optan por un mayor equilibrio entre riesgo y rentabilidad

Prisa Media

©Ediciones El País, SLU Editora de Cinco Días. Todos los derechos reservados. En virtud de lo dispuesto en los artículos 8 y 32.1, párrafo segundo, de la Ley de Propiedad Intelectual, quedan expresamente prohibidas la reproducción, la distribución y la comunicación pública, incluida su modalidad de puesta a disposición, de la totalidad o parte de los contenidos de esta publicación, con fines comerciales, en cualquier soporte y por cualquier medio técnico, sin la autorización de Ediciones El País, SLU, empresa editora del diario Cinco Días.

Cinco Días no se responsabiliza de las opiniones vertidas por sus colaboradores.

Madrid

Miguel Yuste, 42. 28037. Madrid
Tel.: 915 386 100
Fax: redacción, 915 231 068 - 915 231 128;
administración, 915 230 682
Correo electrónico: redaccion@cinco dias.es
Bilbao
Ercilla 24, 6ª planta 48011 Bilbao
Tel.: 944 872 168

Distribución

Factoría Prisa Noticias S.L.:
Madrid. Valentin Beato, 44. 28037
Tel.: 913 378 200. Fax: 913 270 484
Atención al cliente
914 400 135
Suscripciones
suscripciones@cinco dias.es

Publicidad

Prisa Media SAU
Madrid. Valentin Beato, 48. 28037
Tel.: 915 365 500 Fax: 915 365 555
Barcelona. Caspe, 6, 4º. 08010
Tel.: 934 876 622 Fax: 932 720 216
País Vasco. Tel.: 944 872 100
Galicia. Tel.: 981 594 600
Andalucía. Tel.: 954 480 300
Comunidad Valenciana. Tel.: 963 981 168